




Siamés

Stig Sæterbakken

Traducción de
Cristina Gómez-Baggethun y Øyvind Fossan

25

 mármara



Itinerario para náufragos, 5

Stig Sæterbakken

Siamés

Traducido del noruego por
Cristina Gómez-Baggethun y Øyvind Fossan

 mármara

Título original: *Siamesisk*
© CAPPELEN DAMM AS 1997

Primera edición: octubre de 2018
© 2018 de la traducción: Cristina Gómez-Baggethun y Øyvind Fossan
© 2018 de esta edición: Mármara Ediciones
www.marmaraediciones.es

This translation has been published with the financial support of NORLA



Diseño: Carlos Úbeda
Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Kadmos
Impreso en España — Printed in Spain

ISBN: 978-84-947189-8-4
Depósito legal: M-29619-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Cuando entré al baño esta mañana, se había fundido la luz. Evidentemente, él no se había dado cuenta. Al abrir la puerta, lo vi ahí sentado, en la más absoluta oscuridad y masticando como siempre su chicle. La luz del pasillo entraba en diagonal en el baño, partiéndolo por la mitad, de modo que solo distinguía el respaldo de la mecedora y la parte trasera de su cabeza, rodeados de todo aquel papel de plata que relucía como si fuera algo valioso y formaba un silencioso remolino a su alrededor.

—¿Ya estás aquí otra vez? —me preguntó.

Pensé en contarle lo de la luz, pero me abstuve, habría sido agobiarlo sin necesidad.

—¿Tienes idea de lo que me acabas de estropear? —bramó.

Y luego añadió algo sobre la concentración, aunque yo ya me estaba yendo para avisar al hombre de mantenimiento. Dejé la puerta entornada, no sé por qué, o quizá sí lo sé. No consigo acostumbrarme al hecho de que no ve. Me recuerdo a mí misma que no tiene la menor importancia, pero aun así soy incapaz de apagarle la luz al salir. Si lo hiciera, tendría la sensación de enterrarlo vivo. No sé, puede que sea supersticiosa, pero se me ha

metido en la cabeza que se moriría si lo dejara demasiado tiempo a oscuras.

Marqué el número del hombre de mantenimiento que, en su día, Edwin había apuntado en un papel y enganchado a la pared junto al teléfono. El hombre de mantenimiento es nuevo, pero el número sigue siendo el mismo. Contestó enseguida, el teléfono apenas había sonado una vez, y me alegró que su voz fuera tan clara y comprensible, no necesité pedirle que me repitiera nada de lo que dijo. Al principio no supe qué decirle, lo había llamado sin pensar de antemano qué decir, pero al final pude expresar lo que necesitaba. Me dijo que podía venir enseguida y le respondí que eso sería estupendo, aunque me arrepentí de ello tan pronto como colgué el teléfono. No había contado con que viniera tan rápido, había pensado que me daría tiempo a arreglarme y a ordenar un poco antes de que llegara. Pero ya era tarde para pensar en eso, lo hecho, hecho está, y lo más probable es que le diera igual cómo estuviera la casa, para él sería simplemente una tarea más, seguro que cambiar la luz del baño sería cosa de un momento. O al menos eso esperaba, principalmente por Edwin. No logro decidir si será mejor hacerme a la idea de que no está o si, por el contrario, debo hacer lo posible por implicarlo en todo lo que ocurre. Y después me avergüenzo de haberme planteado siquiera la cuestión y de haberla considerado un problema.

¿Pasará frío ahí adentro? No lleva más que un chándal.

El hombre de mantenimiento era más joven de lo que me había esperado, mucho más, tanto que, al abrir la puerta, me turbé y dudé si dejarlo pasar. Era la primera

vez que lo veía de cerca. Llevaba un cortavientos azul y unas gafas con manchas de pintura blanca en la moldura que le daban un aspecto un tanto desaliñado —esa fue la primera impresión que me causó, a pesar de que las gafas, por lo demás estaban cuidadas y bien podían ser caras, qué sabré yo—. El chico no dijo nada, ni siquiera se presentó, lo cual me decepcionó porque tenía ganas de escuchar de nuevo su voz alta y clara.

—Por aquí —le dije, indicándole el camino, puesto que tuve la impresión de que quería ponerse manos a la obra cuanto antes.

Cuando pasó, sentí un suave aroma de *after shave* o de desodorante, un olor limpio, y cuando le mostré la puerta del baño, sacó una linterna de una bolsa amarilla con forma de plátano que traía, la encendió y la apuntó hacia el interior del baño. Sin embargo no entró, como si creyera encontrarse al borde de un precipicio. El haz de luz recayó sobre Edwin, que sabía que había llegado alguien y se había vuelto hacia la pared, su nuca parecía una raíz seca. El chico me miró y no supe qué decirle, pero entré con él en el baño. Entonces dirigió la luz hacia la lámpara del techo, que tenía forma de concha y tenía numerosas sombras negras en su interior. De pronto, Edwin soltó un eructo y, del susto, al chico se le cayó la linterna al suelo. La oscuridad nos arropó como una tupida manta porque, sin darme cuenta, había cerrado la puerta al entrar. Edwin eructó de nuevo, hasta yo me asusté, y dejó un leve olor gástrico en el aire. Al mismo tiempo volvió la luz de la linterna, que recayó sobre la cara de Edwin, aunque él ni siquiera parpadeó. Sus ojos parecían de plástico. El chico encontró un sitio

donde colocar la linterna y la dejó inclinada para que iluminara el techo todo lo posible. Entonces le dije que dejaba el resto en sus manos, que si me quedaba allí no haría más que estorbar y que, si necesitaba subirse a algo, había un taburete en la entrada. Al salir, dejé la puerta abierta, pensé que sería lo mejor para aquel muchacho que estaba allí por primera vez. No sé qué habría sentido yo en su lugar.

Me fui rápidamente a la cocina y puse una cafetera muy cargada, pensando que sería así como le gustaría el café al chico. Luego saqué de la panera el bizcocho con pasas, corté unas rebanadas y las coloqué sobre la bandejita azul de pie alto. Llevé la bandeja al salón, puse un mantel sobre la mesa baja del sofá y saqué las tazas que heredamos de la madre de Edwin, tuve que frotarlas un poco con el delantal. Estiré el mantel y encendí las velas, aunque la cera había formado una capa tan gruesa alrededor de la mecha, que me costó prenderlas sin quemarme los dedos. Al final me asomé a la puerta y vi que el chico había cogido el taburete de la entrada y se había subido en él. Tenía los brazos levantados y estaba soltando un tubo viejo o colocando uno nuevo, la sombra que proyectaba sobre la pared crecía y se contraía como si su vida pendiera de un hilo. Y me pareció oír voces, ¿estarían hablando? Edwin no había dicho una palabra cuando llegamos, que era lo que me había esperado, y me costaba creer que ahora hubiera entablado una conversación con aquel joven. Probablemente estaba deseando quedarse solo. Cogí la cafetera de la cocina y agucé el oído, pero no oí nada, así que dejé la cafetera sobre el salvamanteles y fui al baño. En ese momento el chico

se estaba bajando del taburete, se acercó al interruptor junto a la puerta. Unos destellos y todo estaba de nuevo en orden, aplaudí para mostrarle cuánto apreciaba su trabajo. Me acerqué a Edwin —que seguía en la misma postura, con la cara vuelta hacia la pared y el cuello girado— y le di una palmadita en el hombro, el liso tejido era como seda contra mi mano.

—Ya está, mi niño —le dije—. Ya vuelves a tener luz en tu cuarto.

El chico de mantenimiento había guardado ya sus cosas y estaba parado con la bolsa en la mano, parecía algo indeciso.

—Un trabajo estupendo —le dije—. Estupendo.

Y realmente lo era, todo relucía en el baño y los grifos resplandecían como candelabros.

—Fíjate, tan joven y con tan buena mano —dije, en parte para mí misma, pero sobre todo para que lo oyera él. Al mismo tiempo asentí con la cabeza para subrayar lo impresionada que estaba y él hizo ademán de marcharse.

—Oye —le dije—. Me gustaría que le echaras un vistazo a una cosa... Ya que te tengo aquí —añadí, quería que le sonara todo lo oportuno posible.

Me dirigí a la cocina convencida de que me seguiría, parecía un chico cumplido. Le pedí que abriera la puerta de la nevera, lo hizo y la oscuridad en el interior era total, el chico comprendió el problema al instante y no tuve que explicarle nada. Volvió a abrir la bolsa —que, al parecer, contenía todo lo que un hombre pudiera necesitar— y murmuró algo que no logré captar. ¿Sería solo por teléfono que hablaba tan alto y claro? Entre tanto, cambió la bombillita y pulsó un par de veces el botón

lateral para demostrar que estaba todo en orden. Antes de cerrar de nuevo la puerta, metió la mano en el congelador. ¿Sería para comprobar la temperatura? No sé, pero supongo que sí, porque procedió a ajustar un poco el termostato.

—¡Estupendo! —exclamé—. Me encanta que la gente haga un poco más de lo que se le pide.

Sonrió, ¿con incomodidad?

—Tendrás tiempo de tomar un café antes de irte, ¿no? —le pregunté.

Mi oferta no pareció sorprenderle, supongo que, al pasar, se habría fijado en que la mesa estaba puesta.

Le serví el café y le pasé la bandeja. Comió con apetito y pensé que quizá había cortado las rebanadas demasiado finas; con el tamaño adecuado, un bizcocho de pasas bien puede llenarte el estómago. El café se lo tomó de dos tragos, lo cual es normal dado el reducido tamaño de esas tacitas blancas. No dijo nada, no había dicho una palabra desde que nos sentamos a la mesa. Lo cierto es que hasta entonces había estado comiendo y bebiendo, pero después de declinar la oferta de otro trozo de bizcocho, siguió sentado y su actitud me extrañó. Aunque supiera que no era el caso, podía dar la impresión de que estaba esperando el pago por su trabajo. Pero quizá no fueran más que los modos típicos de los hombres de mantenimiento. Quise preguntarle algo que le hiciera quedarse un rato más. Sabía que, además de ocuparse del mantenimiento, también pintaba un poco, y que había habilitado un cuarto en el sótano para su uso propio. Finborud, que vive justo encima, dice que todo su piso huele a aguarrás cuando el chico baja a pintar y a más de uno le molesta

que se haya tomado tantas libertades, en su opinión, disponer de piso y teléfono gratis debería ser más que suficiente. Pero el muchacho es simpático y la gente parece contenta con él, aunque lleva poco tiempo. Según dicen, siempre se muestra dispuesto cuando se le pide algo y casi siempre está en casa cuando lo llaman, aunque al mismo tiempo parece —no sé por qué— una persona solitaria. El verano pasado, se puso una visera de colorines para cortar la hierba con un cortacésped eléctrico que él conducía como un coche, quedó claro que aquello le divertía: hizo el trabajo a conciencia y se tomó todo el tiempo del mundo.

—Así que también eres pintor en tus horas libres —le dije.

Asintió con cierto aire de desánimo. ¿Quizá porque sus obligaciones le dejaban poco tiempo libre? ¿O sería que no estaba muy satisfecho con lo que había logrado hasta la fecha? No sé, pero ya que había empezado la conversación, me sentí obligada a continuar.

—Bueno, pintar cuadros no es lo mismo que pintar escaleras —dije.

Intenté que sonara como una pregunta, como una invitación que lo animara a responder y a contarme algo. Es difícil mostrar interés por aquello que se desconoce casi por completo. Pero él se limitó a sonreír, ¿quizá con cierto aire de desprecio? Me hizo sentirme insegura, no podía dejar de mirarlo porque estaba a la espera de que dijera algo, pero no pareció que fuera a hacerlo. Me pregunté qué edad tendría, tenía un aire adulto y, al mismo tiempo muy joven, como si supiera exactamente lo que necesitaba saber, pero tampoco más.

—Te ocupará mucho tiempo —le dije, no se me ocurrió nada mejor, y entonces él me miró como preguntándome

algo, aunque no oí lo que dijo, si es que dijo algo, no estoy segura. ¿Haría tan bajito adrede?

—¿Cómo? —le dije, de manera que pudiera interpretarse como cualquier cosa—. Me refiero al trabajo de mantenimiento —añadí, puesto que sentí que me estaba pidiendo una explicación.

Más tarde caí en la cuenta de que era eso lo que le hacía parecer tan joven, el hecho de que demostraba una especie de rebeldía, aunque no nos conociéramos, y de que esperara a que le dijera algo que le interesara, antes de tomarse la molestia de contestar. Luego dejó la taza sobre la mesa, sacó una cajetilla de tabaco y se encendió un cigarrillo sin pedir permiso, estaba a sus anchas, aunque la verdad que no me importó, al contrario, encontré estimulante aquel olor inusual que por un momento invadió todo el salón. El chico miraba el ascua en cada calada, me dio la impresión de que podía pasarse horas así. Mantenía una postura algo encorvada que hacía que la chaqueta pareciera quedarle grande y los botones marrón oscuro eran como caracoles, pequeños conquistadores silenciosos sobre el azul brillante.

Y entonces habló, en un tono tan alto y claro como por teléfono:

—Voy a pintarle un perro a la señora Gustafsen.

—Ah —le dije y, por alguna razón que ignoro, me imaginé al instante el cuadro que iba a pintar.

—Me ha dado una fotografía para que la use de modelo.

Valoré la posibilidad de preguntarle si era difícil sacar el parecido, pero no estaba segura de que la pregunta fuera oportuna y tenía la sensación de que, dijera lo que dijese, iba a ofenderlo.

—Dice que me va a pagar bien —continuó, y se encogió de hombros como si no fuera importante para él, quizá el dinero no lo fuera, pero el cuadro sí. Puede que, en el fondo, se considerara por encima de esa tarea, pero al mismo tiempo era evidente que estaba orgulloso de que se la hubieran encargado.

Como lo había mencionado, supuse que no recibiría muchos encargos de este tipo, aunque intentara aparentar que era algo habitual. Luego apagó el cigarrillo en la taza, pero eso fue culpa mía porque no se me había ocurrido sacarle un cenicero. Continuamos un rato sentados sin decir nada y, de repente sonó un grito en el baño, un grito de terror. El chico dio un respingo, pero intentó hacer como si nada. Siguió un silencio, pero al poco se oyó otro grito, sonó como si alguien le estuviera arrancando la lengua. El chico levantó la vista y, por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Lo que vi en sus ojos fue desesperación, una desesperación profunda, no me cabe duda, algo que le hacía sentirse desamparado, tan desamparado que fue incapaz de ocultarlo.

¿Qué tendría aquella desesperación para lograr animarme? Porque eso fue lo que me pasó, me animé, no encuentro otra palabra para describirlo, sentí una alegría, una sensación repentina y temblorosa que fluyó a través de mí, haciendo que se me saltaran las lágrimas. Lo miré con gratitud, aunque no supe qué decir, y supuse que querría marcharse, aunque daba la impresión de no parecerle correcto, como si algo le impidiera marcharse.

—¿Cómo puede aguantar todo el día ahí sentado? —preguntó por fin.

Y apartó la vista como si la pregunta no estuviera en absoluto dirigida a mí. Sonreí, la verdad es que me había esperado que dijera algo así y, con labios temblorosos, le expliqué que era un hombre mayor y que las cosas son distintas para la gente mayor que para los jóvenes como él. Asintió con la cabeza, se le había fruncido el ceño —me fijé en que tenía marcas de varicela, ¿la habrá pasado recientemente?—, daba la impresión de que el chico sentía, si no verdadero interés, al menos cierta curiosidad, una curiosidad extraña y algo involuntaria.

—No siempre es fácil tratarlo —le dije, algo insegura sobre cuánto podía contarle.

El chico no contestó, pero tampoco había esperado que lo hiciera. No me importaba demasiado lo que dijera, ni si decía algo o no, siempre que no se tomara a mal que le hiciera confidencias.

—No, no es siempre fácil —insistí.

Pero no dije más. Temía que, si empezaba a hablar, no fuera capaz de parar y quién sabe lo que se me habría podido escapar. Sabía que más tarde me arrepentiría de la mayor parte de lo que le dijera y que por eso, probablemente, sería mejor abstenerme... No sé...

Llegó una voz del baño.

—¿Erna? ¿Eeernaaa?

Esta vez sonó como un lamento, no fue estridente como un momento antes, y habló tan bajito que, si me hubiera pillado en la cocina haciendo algo, no lo habría oído. Al final opté por no oírlo, aunque me extrañó que me llamara. ¿Pensaría que el joven ya se había marchado?

El chico de mantenimiento —por un momento me había olvidado de él— estaba asintiendo con la cabeza y

no pude evitar pensar que en realidad no me escuchaba. ¿Quizá la cordial atención que aparentaba prestarme no fuera más que cortesía? Le pregunté si quería más café, pero quizá no debería haberlo hecho puesto que rechazó amablemente la oferta y dijo que sería mejor que se marchara porque tenía tareas pendientes. Se levantó.

—Bueno, pues gracias otra vez —le dije—. Supongo que tendrás mucho trabajo que hacer —añadí, dándole a entender que no me tomaba sus palabras como una excusa por su parte.

Lo acompañé a la puerta. El chico vaciló un instante al pasar por delante del cuarto de baño, como si le costara marcharse sin decir nada más sobre ese asunto. ¿Quizá estuviera buscando un comentario que pudiera sonar natural? ¿O se preguntaría si debía asomar la cabeza para despedirse? ¿Tal vez pensara que sería descortés por su parte no hacerlo? Pero como la puerta estaba cerrada, siguió su camino, despacio, como si no supiera exactamente adónde iba.

—Oye —le dije, sin saber cuál sería la mejor manera de proceder. Se detuvo.

—¿Has hablado con él mientras estabas en el baño? —le dije, consciente de que tenía que escoger mis palabras con cautela—: Quiero decir, ¿te ha dicho algo?

El chico se limitó a mirarme con aquella misma expresión algo ausente.

—A mí siempre me repite la misma retahíla —le dije—. Por eso te preguntaba si te había dicho algo.

Tardó un ratito en contestar, de modo que, cuando por fin respondió que no, que no le había dicho nada, su respuesta no dejó lugar a dudas, resultó evidente que se

había quebrado la cabeza para decidir si sería correcto revelarlo o no. En parte me dio igual, había algo alentador en el hecho de que reservara su lealtad para Edwin, pero al mismo tiempo me di cuenta de lo estúpido que había sido por mi parte preguntarle, debí de quedar como una persona lastimosa. El chico abrió la puerta y quise decirle algo que corrigiera, antes de que se marchara, la mala impresión que debía de haberle causado. Empezó a bajar las escaleras como quien dispone de todo el tiempo del mundo, las letras llamativas y cargadas de velocidad impresas en su bolsa no encajaban con aquella calma lánguida y algo descuidada. Me dije que, si el chico se marchaba así, cuando cerrara la puerta, no sabría decir con certeza si realmente había estado allí.

—Espero que a la señora Gustafsen le guste el perro —le dije mientras se alejaba, debo admitir que sonó un poco a hueco en aquella escalera.

El cráneo es un lugar para la reflexión, pero también para toda una serie de molestias. Es una cavidad oscura llena de palabras, un verdadero infierno. El resto está regular, soy como Diógenes en su tinaja, este cuerpo es mi tinaja, del tamaño adecuado tanto de largo como de ancho, ha encontrado una postura cómoda para estar sentado y así se queda. Apenas conserva algo de vida, la justa para pasar los días. Unos latidos, algo de respiración, no hace falta más...

No siento nada cuando pienso, eso sí es una ventaja. No me entristezco y tampoco me río si se me pasa por la cabeza algo que antes me parecía divertido. Prefiero, en la medida posible, evitar la risa. No reconozco mi propia risa, me da escalofríos cuando la escucho. Aunque a veces eructo, no puedo evitarlo, me salen los eructos de la garganta como conejos de un sombrero...

No siento nada, el dolor se ha esfumado, es como si tuviera un bloque de hielo entre las piernas, estoy tan inactivo ahí abajo que podría darse por muerta esa mitad de mí, mientras que la otra mitad sigue viva y con buen ánimo, aunque lo último tal vez sea una exageración. Al menos

ya he acabado con algo, terminado de antemano, antes de que me toque la gran faena de deshacerme de todo...

¿Cómo será el día en que me quiten el tapón y la vida se vaya por el sumidero como una sopa apestosa? Pienso a menudo en eso. Tengo la esperanza de que me funcione la cabeza lo suficiente para enterarme de lo que pasa, esas cosas no se experimentan todos los días...

¿Notaré el tránsito, el momento en que acabe lo uno y empiece lo otro? ¿Oíré algún sonido especial? ¿Un crujido, quizá, o un terrible estruendo? Lo mejor sería que todo acabara con un pequeño clic. De todos modos no habrá nadie allí que me reciba con un apretón de manos y me dé la bienvenida, no habrá nadie que repase el reglamento conmigo, no, de eso estoy bastante seguro...

Tratándose de la muerte, uno debe estar preparado para todo, no quiero hacerme ilusiones ni sobre la muerte ni sobre mí mismo ni sobre la vida que habré llevado hasta el día que la abandone. Un hombre debe morir como ha vivido, eso he pensado siempre y me mantengo firme en ello, pongo todo mi empeño en ser coherente en este punto... No quiero dejar nada tras de mí, nada más allá de lo que dejaré inevitablemente: un cuerpecito helado, reseco y encogido como el de un feo troll, un saquito de guarrería, carente de todo contenido; con el que podrán hacer lo que quieran los que vengan a limpiar, como si quieren quemarlo, enterrarlo o despedazarlo y echárselo a los cerdos, no me opongo a que me utilicen para algo útil... En una ocasión se lo comenté a De-Sarg y me dijo que parecía haber adoptado una postura muy filosófica frente a esto de la muerte. Le contesté honestamente que no entiendo de esas cosas...

La mayoría de los residentes en Kronsæther se encaminaban a la muerte con una espléndida mentira. Hacia el final, los atiboraban de patrañas, que pretendían, me imagino, ser un gesto por parte de los parientes, con vistas a la herencia que los esperaba bajo las sábanas sudadas. En ocasiones, algún familiar, por lo general los más jóvenes, insistía en ser sincero hasta el final, pero normalmente la verdad se dejaba de lado por falta de tiempo. Se les permitía, como un último privilegio, engañarse a sí mismos del modo que creyeran que más les alegrara, se les dejaba recrearse en los recuerdos de una vida rica y emocionante. ¿Por qué no? Obviamente, el bienestar en esas últimas horas pesaba más en la balanza que la consideración hacia lo que está bien y lo que está mal...

El límite es impreciso, como el que separa la vida de la muerte. Si los conoceré yo... Diez médicos junto a mi lecho de muerte exclamarán: «¡Ya se ha ido, el cabrón!», a horas totalmente distintas, dependiendo de la parte de mi cuerpo por la que hayan apostado su dinero. No es fácil determinar qué es qué, ni siquiera ahora, quizá los gusanos hayan comenzado ya su labor, hace tiempo que perdí la sensibilidad en los pies y me limito a cambiarlos de sitio de vez en cuando por aquello de la distracción, por lo demás no los siento. Pero sé que están ahí, en algún sitio, al final de mi cuerpo. A estas alturas pueden estar ya medio carcomidos, qué sé yo, blancos y sudados, con agujeros abiertos por los que asoman los gusanos. Quizá en estos mismos momentos, estén llegando al hueso, deleitándose en la carroña, felices en la errónea convicción de que la muerte ya ha acontecido y de que por eso estoy tan quieto...

Pero no, lo que llevo puestas son pantuflas. Eso es cosa de la parienta, aunque sabe que odio las zapatillas. ¡Será imbécil! Aún recuerdo el día que me las compró. Las desenvolió aquí dentro, recuerdo cómo crepitó el papel, no pudo resistirse, pareció que le costaba mantenerse seria mientras me las describía, lo hizo con todo lujo de detalles, grandes y grises, de fieltro, de esas que no dejan respirar a los pies, con un remate bordado alrededor de toda la suela. Recuerdo al detalle su descripción, como si me las hubiera metido por la garganta...

Yo tenía unos zapatos. ¿Dónde estarán? No sé. Eran de cuero negro, con suela de goma y forrados, de modo que podía usarlos incluso en invierno. Eran unos buenos zapatos, los usaba para ir al trabajo, los usaba en casa, apenas me los quitaba, cualquier otro calzado me apretaba como unas tenazas alrededor de los pies. Los usaba todo el año, en los huecos de la suela tenían gravilla que crujía, como recuerdos que iba pisando al caminar en primavera. Eran sólidos, de algún modo me daban seguridad. Cuando los llevaba puestos, no podía evitar echar un vistazo al calzado de las personas con las que hablaba y, en parte, las juzgaba por él...

La peor era la enfermera jefe, menudo pellejo de rata, llevaba unos dispositivos detestables en la parte baja del cuerpo, una especie de chanclas de baño llenas de pequeñas protuberancias destinadas a masajearle los pies mientras caminaba. Durante las reuniones, no paraba de frotarse la planta de los pies contra la suela, como si nunca se quedara satisfecha. La ventaja era que la delataban cuando venía, producían unos chasquidos parecidos a los de un látigo...

No me avisó previamente, un día llegó diciendo que me las había comprado y no sentí nada cuando me las puso, fue como meter los pies en agua. No recuerdo que haya venido a quitármelas, así que supongo que seguirán ahí...

Huelo a cadáver y quizá no ande muy lejos de serlo, me imagino que debe de haber más amoniaco que carne ahí, abajo, no sé si sería capaz de encontrármela si lo intentara, tengo los dedos hinchados y entumecidos, a veces pierdo la sensibilidad en ellos durante varios días seguidos. En su día había una pequeña llama, no recuerdo cuándo se apagó, ni tampoco cómo me sentía cuando estaba encendida. Ahora se limita a colgar, como un trofeo, con una sonda de plástico ensartada en la punta. Así estoy, con la polla metida en un condón interminable, mi última protección contra lo que, de otro modo, me habría destruido hace ya mucho, es como el cordón umbilical de un niño que ha nacido muerto... Menos mal que no dejo descendencia, nadie se merece ver así a sus padres. Mi padre fue listo, se largó a los cincuenta y cinco, y se ahorró perder la cabeza, se ahorró perder los dientes, se ahorró el olor a podrido de sus propias encías, se ahorró convertirse en un guarro, que era como acababan en Kronsæther, todos sin excepción, igual daba que, en el ínterin, hubieran sido sacerdotes o grumetes... No soportaban la higiene, se rascaban la entrepierna mientras comían. Era como si empezaran a encogerse tan pronto cruzaban la puerta, se iban haciendo más pequeños y más parecidos a lo que una vez fueron, los más viejos parecían fetos. Una de las chicas vino a enseñarme lo pequeño que se había quedado Pedersen, el del catorce, como se enseña el tamaño de un pescado...

Lo mires por donde lo mires, es una mierda. Estaba decidido a que, en mi caso, no llegara a tanto, me lo tomé como una salvación cuando, a edad bastante temprana, empezó a fallarme la vista. Comenzó con unas manchitas que se me formaban en las retinas, primero pocas, luego más, aparecieron de pronto, de la nada, como pequeños copos de avena. Sobre todo en el ojo derecho, donde, al cabo de pocos años, empezaron a formarse grumos. Al principio no estaba tan mal, a la luz del día, todo se volvía tenue, los colores se difuminaban como diluidos en agua y se reunían en grandes manchas, en realidad era bastante fascinante, Monet debía de tener lo mismo. Perdí la visión de contraste, no tenía ninguna sensación de profundidad y se me escapaba todo lo que ocurría en los laterales. Lo peor era el anochecer, me quedaba prácticamente ciego, igual que cuando el sol pegaba muy fuerte, tanto en verano como en invierno. Al cabo de un tiempo, se estabilizó y me dispuse a conformarme con la situación...

Me esforzaba por ver, entornaba los ojos, empleaba una lupa y el oculista me dio unas gafas grandes como platos, pero todo aquello me producía jaquecas. Más adelante vinieron también las cataratas y con ellas acabó de desaparecer todo, incluso los colores atenuados. Sin embargo, lo peor no fue perder la vista, no recuerdo que viera nada especialmente hermoso. Fue una fría arpía la que me lo reveló, serenamente, con las piernas cruzadas, me contó lo que, con toda probabilidad, me sucedería, exactamente como de hecho sucedió, por eso después me resultó natural echarle a ella la culpa...

Quería sacarme el carnet de conducir, así que me sometí a un examen médico. La arpía, que era la médico

encargada de examinarme, me enganchó unas pinzas a los párpados, a los de arriba y a los de abajo, que parecían depredadores con las fauces abiertas. Después me echó un líquido de color azul que me produjo una imperiosa necesidad de parpadear, pero la única finalidad de sus minuciosos preparativos había sido evitar que lo hiciera. Al cabo de un rato me examinó con una lupa y exclamó: «¡Dios mío!», dándome a entender que podía irme olvidando del carnet de conducir. No contenta con eso, durante los dos días siguientes, me obligó a llevar el ojo tapado con un vaso de cartón para que los demás averiguaran aquello que la arpía me había dejado más claro que el agua: que dentro de no mucho, la cosa iría mucho peor.

Mi noche se tornó constante y eterna, aunque la oscuridad no sea total, la verdad es que aún no he llegado a eso. Opto por considerarlo un período de transición. Lo mejor es recostarse en la silla y cerrar los ojos de vez en cuando, despierto, dormido, despierto, dormido, siguiendo un patrón relativamente regular y, por lo demás, aceptar que el mundo es gris, cada día más, he acabado olvidando cómo son los colores. Escucho a alguien decir rojo en la radio o en la televisión, decir que la hierba es verde y cosas por el estilo, y me suena a escarnio...

Evidentemente perdí algo cuando mi vista se quedó reducida casi a la ceguera, pero al mismo tiempo me libré de bastantes cosas, me libré de ver todas las cosas feas y repugnantes, y de la duda de si lo que veía era cierto o no. Al menos me gustó lo que ponía en el parte médico: prácticamente ciego. Ignoro si la razón por la que el médico decidió expresarse así sería la compasión o la caja de pensiones...

Estoy prácticamente ciego, me dije a mí mismo. De modo que hay algo, en algún lugar, hay una grieta en estas apestosas tinieblas, una pequeña apertura, un hilillo de luz, solo tengo que retorcer los ojos lo bastante como para encontrarlo. En otras palabras, no lo tenía tan negro... Me gusta echar cabezadas porque, al dormitar, sueño y, al soñar, veo. Veo todo como lo veía antes. Todo vuelve a encajar ante mí, tal como lo recuerdo. Cada vez que me despierto, pierdo de nuevo la vista. Vuelve la noche, esa oscuridad eternamente gris que me envuelve como una ceñida capucha que a la vez es de extensión ilimitada...

A la parienta le doy asco. Apenas soporta mirarme. Se tapa la nariz cuando entra aquí, se lo noto por la respiración, resopla como un perro. A duras penas logra cambiarme sin que le den arcadas, pero la entiendo perfectamente, este cuerpo es una cloaca, eso es todo lo que queda de él. Tengo los fétidos despojos de mi cuerpo justo debajo de mis narices. ¿Tiene algo de raro que me resulte difícil mantener en orden las ideas? ¿Tiene algo de raro que la comida no me sepa a nada? Si me abren cuando me haya despedido de ellos, saldrá todo como una flatulencia, todo, no quedará más que un pellejo humeante, esa será mi venganza, envenenaré a los supuestos expertos desde el más allá, les echaré a la cara todo esto con lo que llevo cargando tantos años, todas mis penas, toda la desesperación que he tenido que tragarme una y otra vez, a veces me he sentido como un globo, tan abatingado he estado...

Supongo que la parienta se preguntará dónde se habrá metido el hombre con el que se casó. ¿Dónde está?, se dirá. ¿Quién es este monstruo que lo ha sustituido? ¿Este

que ocupa su silla? ¿Este que mea en una botella? ¿Este que abre su boca? Estoy seguro de que es solo cuestión de tiempo que la puerta se abra de golpe y vengan a buscarme con una enorme máquina, me sacarán de la silla y me echarán al camión como una bolsa de basura... En la cocina estará la parienta, firmando los papeles y dándoles las gracias por haber venido tan pronto...

Pues que vengan. Esto me aporta tan poco como estudiar detenidamente el culo de mi mujer. Le he pedido que me describa cómo tengo los ojos, pero no quiere, siempre me da largas de una manera que me hace entender que los encuentra siniestros. No puedo hacer nada al respecto. Los muevo de un lado al otro y no noto diferencia alguna, no hay cambios, ni más luz ni menos. Pongo los ojos en blanco y los roto hasta casi vomitar. Fijo la vista, la dejo caer sobre distintos puntos de la habitación y luego intento adivinar dónde se ha fijado: si sobre el lavabo, el inodoro, la ventana, la bañera, el toallero, el espejo...

Me imagino que a cualquier persona que estuviera en esta habitación conmigo, por ejemplo Sigri, si algún día tuviera tanta necesidad de mear que no le quedara otra opción que venir, le resultaría muy desagradable que le clavara la mirada y no le serviría de nada repetirse a sí misma que no la veo... Si fijara la vista en ella durante demasiado tiempo, empezaría a tener sudores fríos porque estos ojos muertos le darían miedo, pavor, incluso una sensación de ahogo, ante la mirada no viva. Me lamería los pies si se lo pidiera. Podría... y estaría en mi pleno derecho de hacerlo... podría convertir este cuarto en un infierno para ella durante el tiempo que tardara en mear o cagar y lavarse las manos. Desde luego que podría...

Pues sí, la criada se siente muy incómoda, tiene la sensación de que estas dos manzanas podridas la atraviesan. No sabe qué hacer, tiene sudores fríos, mira a su alrededor con desesperación. Podría sacarla de sus casillas, lo juro, despeñarla por un abismo hacia las oscuridades más profundas, hacerla sentir tan fuera de sí que aceptara cualquier cosa para acabar de una vez...

Aquí, adentro, tengo mi mundo. Aquí es mi ley la que rige. Conozco el cuarto como la palma de mi mano, tengo un mapa en los oídos, soy capaz de percibir el menor movimiento... El crepitar hueco cuando la parienta pasa por delante de la bañera... la profunda resonancia, que parece proceder de debajo de la tierra, cuando se sienta sobre la taza... el crujido en las sienas cuando empuja todo lo que puede... Es cierto, nada que haga nadie aquí adentro puede escapar a mi atención, en todo momento sabría donde se encuentran y qué están haciendo. Tener aquí a alguien que no fuera la parienta me proporcionaría una ventaja inmediata, una fuerza adquirida frente a la que me ha quitado la naturaleza y la certeza del poder que esto me brinda. Soy yo quien domina la situación. Soy como Dios, que también tiene la mirada muerta, una mirada que descansa sobre nosotros, pero que no ve nada, que sabemos que no ve nada, pero a la que, aun así, nos sometemos en el momento en que creemos que la ha posado sobre nosotros...

Sigri está aquí, sin duda, la estoy oyendo, tiene una voz inconfundible. Pío, pío, pío, ya están cacareando como gallinas, chismorrear durante horas, se podría pensar que tienen la misma edad... o que son igual de jóvenes,

quizá... ¿Por qué accedería a ir a la tienda a hacernos la compra? ¿Qué oscuros motivos tendría? En el último momento logré evitar que la parienta le diera una copia de la llave. No quiero pensar en el número de copias que habría a día de hoy, la casa estaría abarrotada de gente... como un hormiguero... La parienta no podría ni abrir la puerta sin que se le escapara alguien... animalillos mendaces y ladrones... Ojalá me la trajera aquí algún día para que, al menos, pudiera oír bien su voz, podría venir a cantarme una canción, apenas sé nada sobre ella y eso que se pasa por casa todas las semanas...

Ojalá viniera una vez por semana a vaciarse, ojalá pudiera percibir algún días un olor que no fuera el de Erna, ojalá pudiera sentir en mi baño el olor de una deposición joven y sana... Eso me ayudaría a pasar los días, me llevaría en volandas... Le pediría que no tirara de la cadena y, por unas horas, estaría en el paraíso, con la cabeza sumergida en una nube de olores, sin pensar en otra cosa... ¿Sigri? ¿Cómo saber si realmente habrá una servicial fulana que se llame así? Nunca la he visto y apenas la he oído, ¿cómo saber entonces si es ella, si se llama así, si es la misma la que viene cada vez o qué hace realmente? Solo tengo la palabra de la parienta y ella retuerce las cosas según le conviene, qué sabré yo, quizá permita que toda esta gente que trabaja para ella viva aquí, puede que tenga la casa llena de gente sin que yo lo sepa, y que estén ahí sentados, callados como tumbas, mirándose de reojo...

No me cuentan nada de lo que pasa, no me tienen en cuenta, hace tiempo que la parienta ha dejado de consultarme, ya no me considera entre los vivos, para ella

no soy más que una cosa, un objeto que le ocupa sitio en el baño, ¿por qué no llama a alguien para que venga a retirarme? Sabe que puede hacer conmigo lo que quiera, bien lo sabe, no necesita mostrarme ninguna consideración, ¿acaso no se atreve? ¿Tendrá miedo de lo que pueda decir yo? ¿De cómo me lo puedo tomar? Eso supondría una nueva actitud por su parte, ella nunca se ha preocupado por nada ni ha tenido pelos en la lengua, aun así, no me ha quedado más opción que conformarme con lo que fuera, me quedo donde ella me coloca, ¿por qué no me mueve, si estorbo? ¿Por qué no me coloca en un rincón? ¿Por qué no me mueves? Maldita imbécil de mierda, ¿de qué tienes miedo? ¡Muéveme y tendrás más espacio aquí dentro!

Llevo una vida tranquila, eso es innegable. Si existo o no, no es crucial para mí. Muevo un brazo, giro un poco la cabeza, levanto una pierna y me la cruzo sobre la otra, no puedo hacer mucho más. Me trago una albóndiga o dos para calmar el estómago, me tomo unas pastillas y me quedo dormido... Todos los días el mismo programa: abrir los ojos, tomar aire, humedecer los labios, masticar la sequedad de mi boca hasta que desaparece, carraspear, recuperar la voz, llamar a la parienta. El viejo Amonsén tiene razón, ahora todo depende del corazón, ya no tengo ni voz ni voto... Pero este corazón casi me asusta, sigue latiendo como si no tuviera intención de dejar de hacerlo nunca. Tomo unos diuréticos que me producen mucho sueño, además de náuseas, dependiendo de cuántos haya tomado, sin embargo, tampoco es que esté mucho más espabilado cuando no los tomo... Me gustaría tomar al-

go contra las náuseas, pero el doctor Amonsén dice que supone cierto riesgo tomarlos a la vez que todos los demás medicamentos...

¡Qué tontería! Para correr riesgos hay que ser joven y gozar de buena salud, de lo contrario no hay nada que arriesgar... ¿A qué riesgo me expondría yo, que ya tengo el cuerpo lleno de bichos y bacterias? El riesgo, en todo caso, lo correrían ellos, no yo... El banquete ya ha comenzado, se propagan, se reproducen de hora en hora y, un buen día, me llegarán a la garganta, entonces habrá más bichos que yo. Me están comiendo a pedazos, son ellos los que se comen las albóndigas de la parienta, no yo, por eso me las tomo, para alimentarlos —aunque me apañaría bien sin ellas, siempre que me dieran suficiente de beber—, por eso me las trago en trozos tan grandes, para dar a los bichitos algo en lo que hincar el diente. No soy yo, estoy tan lleno de guarrería que no está claro que realmente sea yo quien está aquí... No soy yo, sino todo lo demás lo que me mantiene con vida, me tienen comido, este cuerpo ya está compuesto de bacterias desde la barbilla hasta abajo, estoy dentro de ellas, de cada una de ellas, estoy compuesto de miles de trocitos, cada uno de ellos provisto de una finísima piel, de un par de ojos diminutos y de unas piernas minúsculas, son muchísimos y no dejan de moverse, eso soy yo, ese ejército. Levanto un brazo, giro la cabeza, pero no soy yo quien lo hace, son ellos...

Los gusanillos me salen por la nariz, se me van cayendo a medida que se alargan. Antes, la parienta me los apretaba para que saliesen. Me suplicaba que la dejara

hacerlo... Me pica. Eso es porque no me muevo, sé cómo es, estoy lleno de úlceras, pequeños orificios por aquí y por allá, no tengo ánimo para tocármelos, no siento nada, solamente el picor, me pican partes del cuerpo que hace siglos que perdieron la sensibilidad, lo llaman dolores fantasmas, vaya nombre... Y mis chicas, ¿dónde están? Si estuvieran aquí, vendrían con unas pinzas y algodón y me los limpiarían. Qué habilidosas eran, lo hacían todo bien, por pequeño e insignificante que fuera lo que les encargabas. Pero no están aquí, ni siquiera saben dónde estoy, la mayoría de ellas me ha olvidado, tal vez todas, quizá no quede nadie allí que recuerde que en su día tuvieron un gerente llamado Edwin Mortens, un hombre que realizaba un trabajo impecable, impecable... Puede que nadie lo recuerde hasta que, dentro de mil años, cuando los gusanos se estén recuperando en la hierba del empacho, un joven candidato saque de las estanterías unos libros viejos, en una nube de polvo, y comience a pasar las páginas...

Miserable de mí, miserable de mí, toda la vida ayudando a los demás y ahora nadie me ayuda a mí...

Ya no puedo ni plantearme pedirle a la parienta que haga algo así por mí. Le cuesta hasta rascarme la oreja cuando se lo pido y las albóndigas me las echa al buche sin previo aviso...

Comido por los gusanos que se retuercen ahí, abajo; me esperan con impaciencia, empujándose los unos a los otros para hacer hueco para uno más. Pero cuento con una ventaja que no tenían ellos cuando llegaron allí: estoy acostumbrado a la oscuridad, alguien me cerró los ojos para prepararme para lo que viene...

No, no, no, no debo pensar más en la muerte, el médico me ha dicho que pienso demasiado en la muerte, dice que la muerte llegará cuando toque, como si eso fuera un consuelo... A mí, al menos, no me sirve de nada, pienso en ella constantemente, no puedo evitarlo, es como si tuviera una sonda de plástico metida por la garganta, no puedo ni tragar sin notar que está ahí...

En cualquier caso, en algún sitio está el límite. Es preferible que te quiten el tapón a yacer con aparatos asomando por los dos extremos, aparatos que de todos modos no entiendes. Joder, ¿qué sentido tiene aguantar cuando tu cuerpo ya no puede hacerlo por sí mismo? Me apañaré mientras tenga a la parienta, el día que ella falle tendrá que ser también mi final...

Supongo que ella espera que yo me vaya antes, así tendrá unos años tranquilos al final, no seré yo quien diga que no se lo merece, ha trabajado mucho por mí, aunque esas son las cosas que hacen los cónyuges sin pensar en la recompensa, ¿no? Maldita sea, no tiene más que dos brazos y dos piernas, en ocasiones necesitaría cuatro o cinco. Probablemente suspirará de alivio el día que me marche...

No tendría nada en contra de dejarla sola un año o dos, sería una pequeña compensación. En un ataque de sentimentalismo, no sé, le he ofrecido al salido de mantenimiento cincuenta mil al contado por coger cualquier herramienta y partirme el cráneo. El muy imbécil no se ha molestado en contestarme, ¿pensaría que le estaba mintiendo...?

Lo cierto es que ha sido sabio por su parte declinar la oferta, se habrá dado cuenta de lo absurdo de la situación,

está claro que el chico es espabilado, sabe estar al tanto cuando hay razones para ello, ¿de dónde iba a sacar yo las cincuenta mil? A no ser que las tuviera a mano, a nadie le resultaría rentable quitarme la vida, el chico se ha dado perfecta cuenta...

Conozco a los de su calaña. Después se ha quedado en mi salón fumando cigarrillos, apenas podía respirarse aquí adentro, pero él lo atufó todo como si fuera suyo. ¿En qué estaría pensando la parienta? Mira que dejar pasar a gente como esa, y encima animarlos a que se sientan como en casa... Café, pastas, tal vez una copita. No tengo nada que objetar, el chico es joven y puede estar a sus anchas, ella es vieja, pero le viene bien distraerse un poco...

Él es joven, puede hacer lo que le salga de las narices. Antes era distinto, antes escogías una sola cosa y luego estabas obligado a ser eso, mientras que tú, joven salido, puedes elevarte a la categoría de experto de cualquier campo, basta con que le echés un vistazo a un libro sobre el asunto cinco minutos antes de salir y ya eres un profesional. Malditos cachorros, un día fontaneros, al otro jardineros y, si hace falta, al tercero guías espirituales...

No siempre son los mejores los que llegan más lejos, eso me dijo en su día De-Sarg, no sé por qué se me habrá venido a la cabeza, tampoco estoy seguro de qué quería decir con eso...

Lo único que me queda es mantener la cabeza fría hasta que termine todo esto... Si se me atasca la cabeza, estoy vendido... Suficiente pesadilla tengo con intentar controlar mis pensamientos. Tengo que estar alerta. Estoy empezando a flaquear, a veces se me olvidan cosas

que sé que debería recordar, cosas que iba a decirle a la parienta cuando viniera, pero que se me han esfumado cuando aparece por aquí...

Hoy me he dormido con el chicle en la boca, es la primera vez que me pasa. Al despertar, no podía abrir la boca, era como tener hormigón entre los dientes...



Edwin y Erna, los protagonistas y narradores de *Siamés*, son una pareja de ancianos que viven en su apartamento sin apenas contacto con el mundo exterior. Edwin está casi ciego, pero tiene buen oído; su esposa Erna tiene problemas de audición, pero ve perfectamente. Ambos viven en un estado de equilibrio perfecto —impulsado por el hábito, la crueldad, la humillación y, muy posiblemente, el amor— hasta que un joven empleado de mantenimiento es llamado para reemplazar una bombilla en el baño donde Edwin pasa sus días sentado en una mecedora, y la pareja se ve envuelta en una lucha nueva y viciosa por el poder.

«*Siamés* es un libro difícil y brillante, como uno de esos cráneos con la inscripción “Como soy ahora, así serás” que un romántico enamorado de la muerte podría haber guardado junto a su cama. Los siameses aquí no son solo Edwin y Erna, Edwin y el lector, la vida y la muerte, sino el propio presente del lector y su futuro.»

Jim Krusoe *The New York Times*

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947189-8-4



9 788494 718984 >